

Difundir y dar a conocer al gran público el rico Patrimonio Documental custodiado en el Archivo General de Andalucía es el objetivo marcado con el ciclo "El Documento del mes".

Por ello, seleccionamos mensualmente de entre nuestros fondos una pieza destacada por su relevancia histórica y cultural, para sacarla a la luz y difundirla de manera comentada, intentando hacerla accesible a todos los ciudadanos.

Más información en: www.juntadeandalucia.es/cultura/archivos

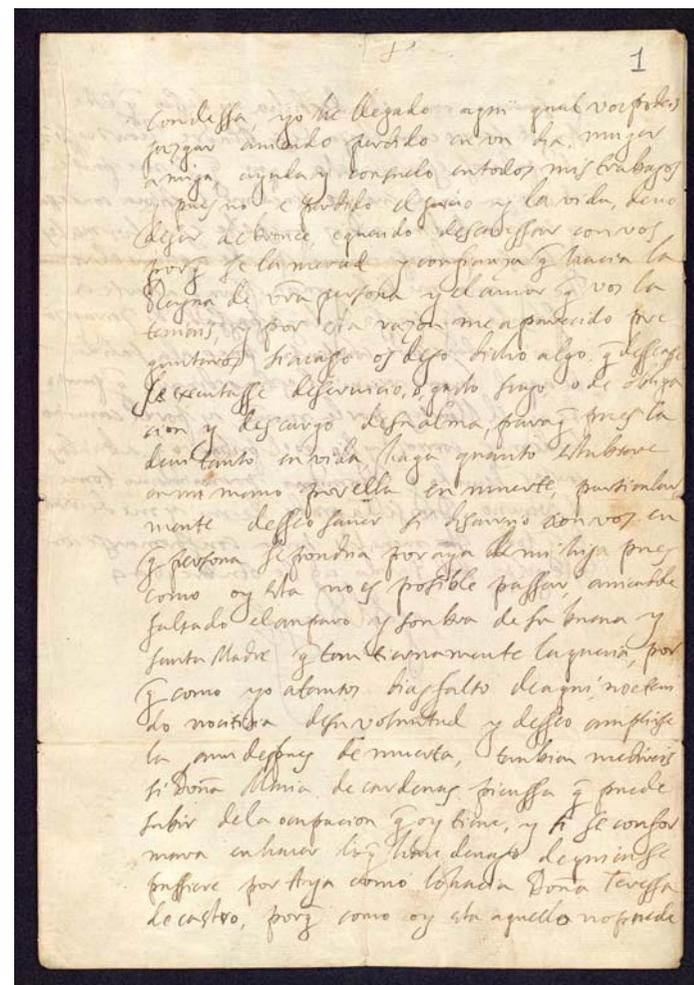
Horario de visita, de lunes a viernes, de 9 a 14 horas.
Patio del Archivo.



Archivo General de Andalucía
C/ Almirante Apodaca, nº 4
41003 Sevilla
informacion.aga.ccul@juntadeandalucia.es
Telf.: 671.536 300
Fax: 955 120 188

El documento del mes

Noviembre, 2013



La correspondencia de Felipe IV con la Condesa de Paredes

Archivo General de Andalucía

Código de referencia: ES.410917.AGA/2.1.8.1.1., leg. 4834.11.

Título: Epistolario de Felipe IV con la Condesa de Paredes

Fecha: 1644-1651

Luisa Manrique Enríquez, Condesa de Paredes de Nava

Nació en Nápoles el 25 de septiembre de 1604, hija de Luis Enríquez, Maestre de Campo de la Infantería Española en el reino de Nápoles, y de Catalina de Luján.

Cuando tenía tres años regresó a España al ser nombrado su padre virrey y capitán general del Reino de Galicia. Tras varios años en Valladolid y Galicia, llega a la Corte alrededor de 1616 por el nombramiento de su padre como miembro del Consejo de Guerra y mayordomo de la reina Margarita. Con trece años es nombrada Dama de la reina Isabel, mujer de Felipe IV, vinculando desde entonces su vida a la realeza.

Contrajo matrimonio con su primo segundo Manuel Manrique de Lara, IX conde de Paredes, con quien tuvo tres hijas, enviudando seis años más tarde. De nuevo en la Corte, fue nombrada dueña de honor de la reina Isabel, y guarda mayor de sus damas. Asimismo, ya en 1633 vemos a sus dos hijas como meninas de la reina. Debido a su atractivo personal encontró un alto lugar en palacio no sólo ante los ojos de la reina, quien sentía hacia ella gran aprecio y confianza, sino incluso ante el propio Felipe IV, quien en 1644, tras la muerte de su esposa la favoreció con singulares demostraciones de afecto, nombrándola aya de su hija M^a Teresa, cargo en el que había sido cesada doña Inés de Zúñiga y Velasco, mujer del conde-duque de Olivares.

Desde su más tierna infancia fue una mujer de gran religiosidad y admiradora de Santa Teresa. Su vocación fue temprana. A través de la correspondencia con sor Juana Inés de la Cruz, carmelita descalza de Toledo, se manifiesta su deseo de entrar en el convento, aconsejándole la monja aplazar su propósito hasta dejar "acomodadas" a sus hijas. Éstas permanecieron en palacio como damas de la infanta

El 20 de febrero de 1648 otorgó su testamento en Madrid, ante Francisco de Cartagena. Entre sus capítulos dispuso ser su voluntad ingresar de religiosa en el convento de san José, de las Descalzas de Nuestra Señora del Carmen de la villa de Malagón, según escritura otorgada el 14 de febrero con el procurador general de la Orden carmelita, fray Francisco de Cristo, religioso de dicha Orden. Por esta misma escritura se obligaba a pagar al convento 500 ducados anuales, en concepto de dote.

La condesa ingresó en el convento el 20 de febrero de 1648, adoptando el nombre religioso de Sor Luisa Magdalena de Jesús. El 15 de marzo de 1649 realizó su profesión religiosa, siendo nombrada superiora tres años más tarde. Murió el 18 de octubre de 1660 siendo enterrada en el convento como una religiosa más, según dejó ordenado en su testamento.

El epistolario

Los puestos de confianza desempeñados por la condesa en la cámara de la reina le permitieron un trato directo con los reyes, así como un conocimiento de primera mano de los asuntos de Estado, de la política nacional e internacional, llegando a ser una mujer relevante, influyente y muy poderosa en la Corte de Felipe IV. Sus cartas con el rey, así como con otras personalidades de la Corte, la mantuvieron informada y unida a la vida de la familia real y a la corte hasta su muerte.

El documento que se presenta forma parte de una colección de 30 cartas autógrafas y firmadas por Felipe IV dirigidas a la condesa de Paredes desde el 9 de octubre de 1644, tres días después del fallecimiento de la reina Isabel de Borbón, hasta el 8 de agosto de 1651.

El contenido de las cartas es muy variado, mostrando la completa confianza del rey con sor Magdalena. A través de ellas, el rey comenta las anécdotas más insignificantes de su vida cotidiana -la caza, las fiestas de la corte, los sucesos de palacio, el consejo sobre la elección de aya para su hija la infanta M^a Teresa, futura reina de Francia, etc.-. Otras veces se refiere a temas relacionados con los toros o la representación de comedias y mascaradas, en las que pone de manifiesto a diversos comediantes asiduos a la Corte, como Cosme Pérez, alias Juan Rana, vinculado a la Casa de la reina, al que la religiosa conocía bien durante su estancia en la Corte. No falta la alusión a un retrato del monarca que Velázquez haría para el convento.

Tema bastante recurrente son los comentarios relativos a los asuntos de Estado, así como a la situación política del momento con Holanda, Flandes, Francia, el levantamiento de Cataluña o las luchas en Italia, principalmente en Nápoles.

A través de las cartas se observa el propio estado de ánimo del monarca con sus luchas interiores llenas de ansiedad, como el que siente ante la llegada de su sobrina Mariana de Austria, con la que esperaba contraer matrimonio, el ansiado embarazo de la reina, tan importante para la sucesión del reino, y el nacimiento de su hija Margarita María, de quien fuera madrina de bautizo su hermana María Teresa, así como el crecimiento de las infantas y muy especialmente de la infanta María Teresa, futura reina de Francia, de quien fue aya sor Magdalena.

Tema repetido a lo largo de todo el Epistolario es la preocupación de la religiosa por lograr del rey un cargo a Vespasiano Gonzaga y Urbino, Pretense Duque Soberano de Guastalla, Gentilhombre de Cámara del príncipe de Asturias, marido de su hija Inés, cosa que Felipe IV promete ante las continuas intercesiones de la religiosa, siendo nombrado más tarde capitán general de Valencia.